

Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

		B	R
		4	0
2	5	0	3
7	3	6	5
6	0	5	3
3	0	6	8

LA PELEA DEL SIGLO

VENTANA CON ORNELLA

Página 2/3



Verano/12

VEUVE CLICQUOT

(Por Lucio Schwarzberg) Con el último billete de cincuenta dólares que guardaba en la billetera, Witoldo pagó la botella de Clicquot. Era siete de enero y estaba resignado: pasaría el verano en Buenos Aires. Todo cuanto había podido ahorrar eran los cincuenta dólares. Esa mierda. ¡Ah, viejo tío Rico McPato, que enmarcabas el primer dólar! ¡Nadarias aún hoy en el frescor de las monedas o preferirías Cancún, Maceió, Punta del Este?

Para evitar el sofoco, regresó a la casa después del crepúsculo. Como corresponde al caso, se bañó. Se vistió con una camisa de voile algo raída y se perfumó con Hugo Boss. En el frasco quedaba un sexto o un octavo de perfume. Se acabaría pronto, desgraciadamente, la fragancia cítrica.

“El capitalismo —pensó mientras trozaba los cilindros congelados de una falsa centolla compactada según técnicas japonesas— es una jaula con un solo agujero. Se sale de a uno en fondo.” Mezcló el pescado con manzanas ácidas y tomate picado, agregó limón y se sentó a comer. “Lástima que yo no encuentre el agujero.” Una semilla de limón le interrumpió las reflexiones.

Concluyó la comida un rato antes de medianoche. Se asomó al balcón. Había pocas luces en el vecindario, tal vez porque una gran parte de los putos vecinos estuvieren de vacaciones. Sólo se oía el susurro de los pistones de algunos acondicionadores de aire. La luna —creciente o menguante— se inclinaba hacia el oeste. Nada se sabía aún de las nubes.

Witoldo recorrió el cielo y lo imaginó marino: estaría brillando ahora sobre los médanos, fuera del hemisferio acuático.

Qué mierda. Mejor, no mirar.

A las doce de la noche retiró el Clicquot de la heladera. No secó la botella porque temió que la tela del repasador rasgara la etiqueta anaranjada; y sin una etiqueta que anunciara la fecha prenapoleónica —pre-

volucionaria incluso— ¿qué sentido tendría el Clicquot? Si hasta el rey Luis, en una noche empuetada como ésta, cuando tuvo la certeza de que tampoco iría más de vacaciones, habrá querido emborracharse con el licor de etiqueta anaranjada. Descorchó la botella. ¡Pum! hizo. (“Sidra Tunuyán”, agregó Witoldo: en el camino al mar hay un cartel gigante que dice “¡Pum! Sidra Tunuyán”.) Olfió el perfume rancio del champagne y lamó la espuma que chorreaba por el cogollo. Buscó una de las copas heredadas. ¿Cómo era que las llamaban en la novela? Chaparras. Eso: copas achaparradas.

Paladeó la primera y disfrutó la segunda. No se sabe por qué evocó a los españoles. ¡Tan amables antes, cuando no eran ni ricos ni modernos! Posiblemente ellos también habrán brindado el treinta y uno con el Clicquot volcado en copas chaparras, tan propias de la abuela y de la sidra. “O tal vez —pensó mientras bebía la cuarta o la quinta— ya hayan descubierto las copas largas de los pueblos finos.”

Entonces fue la brisa la que trajo una música, un continuo. O no: sonaba más bien como el desorden en La de las orquestas que afinan. Arrojó la copa al vacío y escuchó el estallido del cristal en la calzada. Siguió bebiendo a mano.

Aspiró dos o tres veces el aire en movimiento y se animó a levantar nuevamente la cara al cielo. Unas nubes orladas de luz se acercaban a la luna.

—Que llueva —pidió con fervor. —Que llueva eternamente.

Que llueva en Buenos Aires y en el mar. Y también en Cancún, en Maceió, en Punta del Este.

Con las primeras gotas empujó por última vez la botella. Antes de que amaneciera, se tendió en la cama. Llovía.

—A trabajar, hermano —murmuró y se quedó dormido sin recordar el final inoportuno de la frase. Aún sonaba, como un conjuro, la voz de la orquesta.



¡ME SIENTO BIEN!

Hepatalgina

Antes, durante y después del verano...

VERDINOSA

LA PELEA DEL SIGLO

Nacido en Buenos Aires en 1931, Jorge Ariel Madrazo es narrador y periodista. Publicó "Orden del día", "La tierrita", "Espejos y destierros", "Blues de muertevida", "Cuerpo textual" (Segundo Premio Municipal 1986-87). A continuación se presentan dos cuentos que forman parte del libro "Ventana con Ornella", que publicará próximamente Ediciones Letra Buena.

Carpentier, el fabuloso Carpentier, concentra su estatura sobre la balanza achaparrada en el piso; el pelo le desborda por la frente —*dios qué duro es todo regreso*—, los brazos en jarra hacia afuera de la cintura todavía ágil. O se cubren hasta el codo con esa sombra intensa. Pero (es más probable) el vigor anudase en la rótula obstinada, la rótula testadura —estamos hablando del último, postrer reducto que queda a un hombre tras la consunción de la especie—.

Deschamps es otra vez el manager, quien ahora consigue acucillarse, el mechón blanco; la camisa revierte hacia arriba (la espalda, el lomo fofo (el vello entrecano) al deslizarse la diminuta pesa. Y confirmar: Georges entra trabajosamente en la categoría. El gimnasio transpira esa media docena de muchachones negros. Que ni sospechan la íntima identidad del enorme Carpentier. Conocen, sí, su apellido y nombre, deletrean su entera foja de servicios aun cuando ignoren quién anida dentro de él que (ah, es verdad) cuánto se empeña en saltar la cuerda; así, así, aunque cierto ligerísimo tropiezo.

Deschamps: todavía el cuello ancho y forrado, un toro al golpear la pera. Diablos, si las piernas un poquitín menos rígidas, no tanto.

¿Recuerdan? Ni tenía quince años cuando lo recogí en la Rue Des Ecoles; el otro —el muchachito, el invasor— intento bajarlo de la bicicleta. Georges no necesitó más. Fue tal y puro el golpe. Un navajazo: a mano limpia. Se me cayó la pipa de los labios. Allí mismo lo encarrilé al gimnasio. Años y segundos de trabajar sin tregua. Como pulir un diamante, enalteciendo pacientemente su rara médula. Y veámoslo ahora. De regreso, ante el formidable Dempsey. Ambos han menospreciado sus trajes habituales (andar a los sopapos con los gusanos para esta magna confrontación, señores señores son siempre los mismos. Si: uno quisiera vetarle el retorno al cuadrilátero, pero él ya es bien mayor como para saber cuándo se encuentra o no en su justo climax. ¿Alguien puede acaso vislumbrar cuánto es capaz de prologarse el más grande y hermoso, como se proclama Georges Carpentier, no sin razón?

Primer round. Cuidarme, hasta ingresar en el mágico ritmo cuando cada nervio y yo de niño batía aquel tambor, y padre (aspira hondo, oye cómo se colman los alveólos, ya ya está viniendo, girar de esta manera y jabear; le di, por todos los santos, le di, qué bien castigaba el parche y resultó bueno, ese latigazo a la barbilla; grandote Jack, estás sorprendido, no te esperabas esto del viejo Georges).

Los parantes de hierro se entrecruzan convergiendo a un vértice o punto central, en la cúspide del matadero; desde el pináculo oscilan los cables destinados a sostener las pantallas donde explota la luz una herida.

(En el pómulo *cochon* cuidarme, me sacudió, nadie debe saberlo; nadie.)

Un magnífico one-two de Carpentier pero Dempsey responde descargando su jab en la oreja izquierda del francés, éste comienza también a sangrar del arco superciliar; qué espectáculo señores; Carpentier de trusa azul con vivo blanco ha incurrido en el error de ir al juego del campeón: no le conviene el *in-fighting*, lo suyo es la media, la remota distancia; ahora si Georges entra, sale, está sentido, se ven muy agotados los dos gladiadores.

El cuadrante luminoso dice séptimo, el

round en que juró sacarme. Esta puntada, ayúdame, dios mío, dame aire.

En el descanso lo baldean friccionan de arriba a abajo. Le hacen buchar aquella agua con limón, alguien le mantiene en su sitio el párpado vuelto una pelota. Será preciso cosechar un segundo aliento; las luces son luciérnagas todo alrededor; si abro la boca sabrán qué hondonadas de cansancio.

Esa mujer: me clava los ojos de modo que yo registre sus dientes trémulos; los anoto para otra vida, si llega a haber otra vida fuera de esta cárcel rectangular. Esta Kábala infinita y enlodada.

El décimo capítulo, apreciados telespectadores, de un combate sin cuartel. Estamos admirando a un Carpentier que ni recordábamos, casi afirmáramos que se halla en su mejor forma desde que se derrumbó ante Mano'e Piedra Durán tras cumplir cinco décadas de una impar carrera pugilística.

Yo sé: Deschamps trasuda horror cuando el buen Jack (créeme) me masaca sobre las cuerdas, pero esto: bloquear con los brazos y codos, una impenetrable línea Maginot, caray ese cañonazo en el hombro, y vistear. Lo cansaré, por Jehová, lo cansaré. Atención: por poco me saca como un *sputnik* entre las sogas, se vino con todo y sus prótesis el descomunal búfalo.

Dempsey ha castigado en este tramo prácticamente a voluntad, pero el púgil galo es un desigualado pasador; observen esa maestría, golpear mientras retrocede y rota la cintura y bailotea; este hombre es gigantesco ahora pe-ga desde el suelo una mano, si el veterano campeón no la cabeceaba éste bien pudo ser el final.

La náusea. No sería ya capaz de derramar otro uppercut como aquél, nunca más. El último de Georges Carpentier. Me acerco al muchachito: cómo pretendería apropiarse de la bicicleta, un regalo de padre; si sólo hubiera menos sofocante resplandor...

Jack, ¿por qué razón no nos vamos, mi buen viejo torpe, a embuchar un trago en el bar de la Sexa Avenida, tan cercano a tu parilla en donde festejamos —recuerdas— los treinta años de nuestra primera pelea, y los fotógrafos registraron el abrazo con el Gene Tunney? Eso era vida; a mí se me veía —opinaron los columnistas del *Sun* y el *Guardian*— algo enjuto, como demacrado, y mi sonrisa. Y sentía no sé qué de extraño mientras cruzo —encimándolas— las piernas dentro de un traje demasiado grande; a todas luces pregonaba su condición de pilcha nueva *née*. Los 49 Auténticos y cortada en interminables jornadas cuando la plancha se desliza y escupe sus chorros de vapor. Te juro, Jack: aquella noche probé el *guisqui* por primera vez en mi coño 'e vida, c'en'andiam grandote zozno, qué hacemos aquí fajándonos, como si valiera la pena. Todavía.

Regresan ambos al cuadrilátero, envaltonados gracias a una curda, una rasca, una épica borrachera, curadísimo como mil infiernos, tanto que sin exageración Gene debe sostenerlos, abrazarles esos hombros de pajaro paralizados casi por la artrosis.

Sin embargo, la ducha opera el milagro: aquí tenemos, amistoso público, cómplices del espanto total, a dos colosos del noble ardor de los puños. Al tañir el *laúd* estos titanes salen a jugarse el envés por el revés; a falta de mejores prodigios estamos asistiendo a la lid entre un empapado San Jorge y

un dragón enfundado en sus miasmas y vómitos. Es un derroche de coraje pocas veces visto en este circo de ilusiones del Madison Park, en esta húmeda ciudad del sur.

Pega Georges, pega Jack. Los dos maravillosos ancianos.

Fuera, la calle baldea su melancolía final sobre la mole en sombras. Una hoja de periódico se enreda entre las piernas de Deschamps, harto de esperar el colectivo que lo arroje cerca del hueco donde, hasta ayer, subían y bajaban sus cabezas los caballos de Les Halles.

Agrietado de frío, acuchillado por el viento, Deschamps tararea un tango (o bolero). Se acerca la traqueteante luz del vehículo, no atina a retenerla: acaso el próximo.

La noche estará entonces íntegramente reunida encima del estadio; al menos, eso vislumbra a través del esplendor de la luna llena, y otro jab de izquierda y un gancho nítido, vertiginoso, y el jab una vez más, tropezando fallando marrando ambos muñecos en pie tan sólo por un destronado estor y las encias son fosas sin dientes y miles de golpes al vacío, en el vértice de aquel espacio donde persiste la desolación de una infantil bicicleta, regalo de su padre para ese tipozo, el Georges Carpentier hace tanto tiempo fallecido.



Por Jorge Ariel Madrazo

LA PIEL DEL SIGLO

Carpentier, el fabuloso Carpentier, concentra su estatura sobre la balanza, achaparrada en el pie; el pelo le desborda por la frente —dios que duro es todo regreso—, los brazos en jarras hacia afuera de la cintura todavía ágil. O se cubren hasta el codo con esa sombra intensa. Pero (es más probable) el vigor anudase en la rótula obstinada, la rótula testadura —estamos hablando del último, postre reducido que queda a un hombre tras la consunción de la especie—.

Deschamps es otra vez el manager, quien ahora consigue acullarse, el mechón blanco; la camisa reverte hacia arriba (la espalda, el lomo fofa (el vello entretece) al deslizarse la diminuta pesa. Y confirmamos: Georges entra trabajosamente en la categoría. El gimnasio transpira esa media docena de muchachos negros. Que ni sospechan la íntima identidad del enorme Carpentier. Conocen, si, su apellido y nombre, detraen su entera foja de servicios aun cuando ignoren quién anda dentro de él que (ah, es verdad) cuánto se empeña en saltar la cuerda; así, aunque cierto ligarismo tropiezo.

Deschamps: todavía el cuello ancho y forido, un toro al golpear la pie. Diablos, si las piernas un poquitín menos rígidas, no tanto.

«Recordar? Ni tenía quince años cuando lo recogí en la Rue Des Deux-Étoiles —el muchacho, el invasor— intento huyarlo de la bicicleta. Georges no necesitó más. Fue tal y puro el golpe. Un navajazo: a mano limpia. Se me cayó la pipa de los labios. Allí mismo lo encerré al gimnasio. Años y segundos de trabajar sin tregua. Como pulir un diamante, enaltecendo pacientemente su rara medula. Y veámoslo ahora. De regreso, ante el formidable Dempsey. Ambos han menoscupido sus trajes habituales (andar a los sopapos con los guasones) para esta magna confrontación, señores señores son siempre los mismos. Si: uno quisiera vetarle el retorno al cuadrilátero, pero él ya es bien mayor como para saber cuándo se encuentra o no en su justo clima. ¿Alguno puede acaso vislumbrar cuánto es capaz de prodigar, se el más grande y hermoso, como se proclama Georges Carpentier, no sin razón?

Primer round. Cuidarme, hasta ingresar en el mágico ritmo cuando cada nervio y yo de niño batía aquel tambor, y padre (aspira hondo, eye cómo se colman los alvedros, ya ya está viniendo, girar de esta manera y jabeare; le di, por todos los santos, le di, qué bien castigaba el parche y resultó bueno, ese latigazo a la barbilla: grandote Jack, estás sorprendido, no te esperabas esto del viejo Georges).

Los parantes de hierro se entrecruzan convergiendo a un vértice octo central, en la cúspide del maletado; desde el principio oscilan los maderes destinados a sostener las pantallas donde explota la luz una herida. (En el pómulo cochón cuidarme, me sacudí, nadie debe saberlo, nadie.)

Un magnífico que-wo de Carpentier pero Dempsey responde descargando su jab en la oreja izquierda del francés, este comienza también a sangrar del arco superciliar; qué espectáculo señores: Carpentier de trusa azul con vivo blanco ha incurrido en el error de ir al juego del campeón: no le conviene el fighting, lo suyo es la media, la remota distancia; ahora sí Georges entra, sale, está sentido, se ven muy agotados los dos gladiadores.

El cuadrante luminoso dice séptimo, el

round en que juró sacarme. Esta puntada, ayúdame, dios mío, dame aire.

En el descanso lo baldean friccionan de arriba a abajo. Le hacen buchar aquella agua con limón, alguien le mantiene en su sitio el párpado vuelto una pelota. Será preciso cosechar un segundo aliento; las luces son luciernagas todo alrededor; si abro la boca sabrán qué hondonadas de cansancio.

Esa mujer: me clava los ojos de modo que yo registre sus dientes trémulos; los anoto para otra vida; si llega a haber otra vida fuera de este cárcel rectangular. Esta Káhala infinita y enlonada.

El décimo capítulo, apreciados telespectadores, de un combate sin cuartel. Estamos admirando a un Carpentier que ni recordáramos, casi afirmáramos que se halla en su mejor forma desde que se derrumbó ante Mano y Piedra Durán tras cumplir cinco décadas de una impar carrera pugilística.

Yo sé: Deschamps trasuda horror cuando el buen Jack (cree) me masaca sobre las cuerdas, por eso: hachazo con los brazos y codo; una impenetrable línea Maginot, cayendo ese calazonazo en el hombro, y visitar. Lo cansaré, por Jehová, lo cansaré. Atención: por poco me saca como un sputnik entre las sogas, se vino con todo y sus prótesis el descomunal baflo.

Dempsey ha castigado en este tramo prácticamente a voluntad, pero el púgil galo es un inigualado pasador; observen esa maestría, golpear mientras retrocede y rota la cintura y balotica; este hombre es gigantesco ahora pega desde el suelo una mano, si el veterano campeón no la cabeceaba así bien pudo ser el final.

La náusea. No sería ya capaz de derramar otro uppercut como aquel, nunca más. El último de Georges Carpentier. Me acerco al muchachito: cómo pretendería apropiarse de la bicicleta, un regalo de padre, si sólo hubiera menos sofocante resplandor... Jack, ¿por qué razón no nos vamos, me ven viejo torpe, a embuchar un trago en el bar de la Sixa Avenida, tan cercano a tu patrulla en donde festejamos —recuerdas— los treinta años de nuestra primera pelea, y los fotógrafos registraron el abrazo con el Gene Tunney? Eso era vida, a mí se me veía —opinaron los columnistas del Sun y el Guardian— algo enjuto, como demacrado, y mi sonrisa. Y sentía no sé qué de extraño mientras cruzo —encimándolas— las piernas dentro de un traje demasiado grande; a todas luces pregona su condición de pilcha nueva né. Los 40 Auténticos y cortales en interminables jornadas cuando la plancha se desliza y escupe sus chorros de vapor. Te juro, Jack: aquella noche probé el guisqui por primera vez en mi coño e vida, c'en'andiam grandote zozzo, que hacmos aquí fajándose, como si valiera la pena. Todavía.

Regresan ambos al cuadrilátero, envalentonados gracias a una curda, una rasca, una épica borrachera, curadimos como mi inferno, tanto que sin exageración Gene debe sostenerlos, abrazarlos esos hombres de paparto paralizados casi por la artrosis.

Sin embargo, la ducha opera el milagro: aquí tenemos, amistoso público, cómplices del espanto total, ácidos coqueos del noble ardor de los puños. Al finir el laúd estos titanes salen a jugarse el envés por el revés; a falta de mejores prodigios estamos asistiendo a la lid entre un empapado San Jorge y

un dragón enfundado en sus miasmas y vómitos. Es un derroche de coraje pocas veces visto en este circo de ilusiones del Madison Park, en esta húmeda ciudad del sur.

Pega Georges, pega Jack. Los dos maravillosos ancianos.

Fuera, la calle baldea su melancolía final sobre la mole en sombras. Una hoja de peridico se enreda entre las piernas de Deschamps, harto de esperar el colectivo que lo arroje cerca del hueco donde, hasta ayer, subían y bajaban sus cabezas los caballos de Les Halles.

Agrietado de frío, acuchillado por el viento, Deschamps tararea un tango (o bolero). Se acerca la traqueteante luz del vehículo, no atina a retenerla: acaso el próximo.

La noche estará entonces íntegramente reunida encima del estadio; al menos, eso vislumbra a través del esplendor de la luna llena, y otro jab de izquierda y un gancho ríido, vertiginoso, y el jab una vez más, tropezando fallando marrando amos mufecos en pie tan sólo por un destronado exterior y las encías son fosa sin dientes y miles de golpes al vacío, en el vértice de aquel espacio donde persiste la desolación de una infantil bicicleta, regalo de su padre para ese tipo, el Georges Carpentier hace tanto tiempo fallecido.

Jack, ¿por qué razón no nos vamos, me ven viejo torpe, a embuchar un trago en el bar de la Sixa Avenida, tan cercano a tu patrulla en donde festejamos —recuerdas— los treinta años de nuestra primera pelea, y los fotógrafos registraron el abrazo con el Gene Tunney? Eso era vida, a mí se me veía —opinaron los columnistas del Sun y el Guardian— algo enjuto, como demacrado, y mi sonrisa. Y sentía no sé qué de extraño mientras cruzo —encimándolas— las piernas dentro de un traje demasiado grande; a todas luces pregona su condición de pilcha nueva né. Los 40 Auténticos y cortales en interminables jornadas cuando la plancha se desliza y escupe sus chorros de vapor. Te juro, Jack: aquella noche probé el guisqui por primera vez en mi coño e vida, c'en'andiam grandote zozzo, que hacmos aquí fajándose, como si valiera la pena. Todavía.

Regresan ambos al cuadrilátero, envalentonados gracias a una curda, una rasca, una épica borrachera, curadimos como mi inferno, tanto que sin exageración Gene debe sostenerlos, abrazarlos esos hombres de paparto paralizados casi por la artrosis.

Sin embargo, la ducha opera el milagro: aquí tenemos, amistoso público, cómplices del espanto total, ácidos coqueos del noble ardor de los puños. Al finir el laúd estos titanes salen a jugarse el envés por el revés; a falta de mejores prodigios estamos asistiendo a la lid entre un empapado San Jorge y

un dragón enfundado en sus miasmas y vómitos. Es un derroche de coraje pocas veces visto en este circo de ilusiones del Madison Park, en esta húmeda ciudad del sur.

Pega Georges, pega Jack. Los dos maravillosos ancianos.

Nacido en Buenos Aires en 1931, Jorge Ariel Madrazo es narrador y periodista. Publicó "Orden del día", "La tierrita", "Espejos y destierros", "Blues de muertevida", "Cuerpo textual" (Segundo Premio Municipal 1986-87). A continuación se presentan dos cuentos que forman parte del libro "Ventana con Ornella", que publicará próximamente Ediciones Letra Buena.

La ventana de enfrente, que antes nunca habíamos visto y de día no sabemos a qué edificio atribuir, comenzó a tentarnos cada noche como un farol a los insectos.

No escondíamos (¿o sí?) vocación de fisionomías. Al principio, es claro: ese cuerpo de mujer desviándose de la hábil lentitud —la lenta habilidad— de una striptisera del crazy horse. Antonia juraba que tal imagen no le sugería nada en particular, ni siquiera una difusa sensación de goce estético. Y mucho menos (repite, acaso con excesiva vehemencia) excitación de ninguna índole.

Lo más extraño no era el parsimonioso y obstinado despojamiento, prenda por prenda. Antonia me hizo notar el orden invertido que seguía para desnudarse aquella mujer, en apariencia una desconocida pese a la relativa vecindad: primero la falda, después los slip; al quedar totalmente despojada por abajo, como un durazno latiendo a la tenue luz del velador, exhibía las nalgas nacaradas y llenas. Y así permanecía, siempre de espaldas a nosotros, durante un dilatadísimo instante. Toña surgió con voz triunfal:

—Te das cuenta, es lo mismo que hacía Ornella Muti en *Historias de locura común*. No sé —me decía— de mujer alguna del mundo real que se desvista del modo. Todos aguardamos a eliminar blusa y expuestas corpiños antes de dejar en libertad, y expuestas a las inclemencias del cosmos, nuestras zonas más íntimas y esponjosas. —Y agregó: Debe ser una pervertida. O algo peor.

No alcancé a imaginar que podría ser eso

peor. Pero Antonia, en verdad ciega de envidia, no le hubiera susurrado en caso de haber podido intuir hasta qué grado el espectáculo iba a incluir.

Ni éramos capaces de adivinar mucho más que aquello: una gradual, empalagosa mostración de glúteos; y el perfecto valle hacia el cual caían las estrías de la espalda. Después, una larga —treinta minutos, cuarenta— permanencia estática. Como si se tratara de una estatua o un maniquí. Y en ese instante, invariablemente, se apagaba la frágil luz. La mujer desaparecía en la negrura sin dejar huella. Como si no estuviera allí. Pero sabíamos que estaba (¿de qué manera, por cuál vía de percepción?). Por lo demás, confieso que no entendía entonces, no entendíamos, tan repetido como incognoscible ritual.

Repentinamente, un anochecer se me reveló en lo oscuro un hombre cuyo rostro afeitado severo y triste. Miré a Antonia, an-

sioso; le indiqué mi descubrimiento con señas y gritos guturales. Intuí: ella no lograba enfocar todavía al extraño que, sin duda, sería el amante de la desconocida. Apenas si sobresalía de la penumbra el hombro derecho; la barba a lo Hemingway y el rescaldo herviente de la pipa. «Estaba sentado, de pie? Se removía nervioso hasta que, como una fiera, hundió la cabeza en el abdomen femenino, ella echó su melena hacia atrás; cayeron hechos un solo bulto negro de reflejos titilantes.

Entonces sí, Antonia pareció descubrir a la pareja y sus juegos. Respiraba agitada, jadeando casi. Sus uñas se clavaron en mi brazo. Allí mismo la volví en contemplaciones. Me pareció, al derrumbarse sobre su cuerpo, que los de enfrente también nos vigilaban con sonrisa equívoca.

Pero, y ahora lo confieso a duras penas: ni esa noche, ni otras muchas semejantes, arribamos a nada. Con Antonia siempre era exacta y puntualmente lo mismo: un ardoroso amago. Hacia largos meses ya que nuestra relación se ceñía a aquella rutina mecánica, un verdadero tour de force. Mientras yo creía hallarme en el pináculo del poder pasional, ella se quejaba del supuesto decaimiento hacia la mitad, más o menos, del suceso. Se revolvía furiosa contra mí para concluir llorando y ametrallando reproches fáciles de absorber. La queja será corroborada por un análisis retrospectivo. Me has criticado sin descanso por mi excesiva avidez; ahora me argumentas que soy pasiva. Nada será igual ya, nunca.

Así era, pues. Si lo hubiéramos hablado, por telegrama o cara a cara, delante de violáceas jarras de vino, propicia cerveza o jugos multicolores. Y en noches de plenilunio que yo fabricaba expresamente. Como queriendo revivir aquella vez primera cuando la esperé en la parada del colectivo y ella vino hacia mí con su blusa y pantalón negros de seda, ceñidos gracias al cintillo dorado. Y en el taxi dije tengo frío; y me quitó el saco cubriéndola con él; y me miró: soy muy gentil. Y después tomó mi mano y la mordió dulce, provocativamente.

Pero ¿cómo retroceder en los años y en la traición y el desamor? ¿Cómo ser, otra vez, aquellos? Las caras se ven parecidas, apenas aventajadas; sin embargo, éstos son otros. El estimulante show de la ventana se me antojó, a veces, más que oportuno para reactivar los rescoldos del antiguo fuego. Pero, curioso: algo sucedía mientras se nos volaban las semanas frente al ceremonial grave y reiterado.

(Bueno, admitía variaciones casi imperceptibles aunque, a hora lo comprendí, significativas: la mujer iba enmarcándose en un halo fosforescente que me escondía la visión del hombre. Antonia, en cambio, aseguraba que él era con mucho el más, si no el único, visible. De pronto la admirable intrusa dejó percibir algo para mí su cabellera roja, y allí la reconocí: es (cómo dudarlo), mi tuzag novia durante tres meses, hacia de ello quince años. Pero en la semana siguiente se habría teñido, porque su pelo renegrado y la cara de perfil fueron los de aquella casi adolescente que me obligaba —de modo compulsivo— a desplegar una atleica performance de juventud. Antonia protestaba no divisar ya ni pizca de la muchacha; sólo perjuraba, ante mi incredulidad, que el varón usaría bata y gorro de cirujano, y en otra ocasión blandiría un látigo acerdado con el que azota sin piedad a su hembra.)

Aquel espectáculo no nos sirvió ya, tal la miserable verdad, para recitar las brasas del ayer.

Nos olvidamos, poco a poco, tanto de comer a dúo como de dialogar las frases de circunstancias. Y ni soltar, qué va, con excepcionales apasionamientos que nos arrojasen sobre la alfombra.

Es más: a esa altura de los hechos no estamos, prácticamente, el uno al lado del otro. ¿O sí? Me revuelvo esforzándome por recordar este último detalle: ¿Se encontraba Antonia allí o había desaparecido hace mucho tiempo, tragada por aquella visión fantástica, por las implacables espirales de la desunión? ¿Había muerto o viajado a un país lejano desde donde yo recibía una postal con besos y me gustaría tanto compartir con vos algún momento en esta playa azul, esta Bahía de Cata que fue la de nuestra luna de miel?

Una noche, que jamás olvidaré, logré verla. Antonia, quizás Ornella, se regodeaba en la ventana de enfrente. Echaba hacia atrás la curva irredenta de la espalda como entregándose, ante mis ojos espantados, a una locura incommún, a una furiosa posesión que no fui capaz de descifrar.

Luego: la luz se desvaneció. Y nunca más el rectangular febrilmente enrojecido. Sólo aquel terreno baldío en el cual, siempre se nos dijo, habría de erigirse cierto mercado municipal esperado con ansiedad por todo el vecindario, a causa del insportable costo de vida.



VENTANA CON ORNELLA

Una ventana de enfrente, que antes nunca habíamos visto y de día no sabíamos a qué edificio atribuir, comenzó a tentarnos cada noche como un farol a los insectos.

No escondíamos (¿o sí?) vocación de fisgones. Al principio, es claro: ese cuerpo de mujer desviéndose con la hábil lentitud —la lenta habilidad— de una striptisera del crazy horse. Antonia miraba que tal imagen no le sugería nada en particular, ni siquiera una difusa sensación de goce estético. Y mucho menos (repite, acaso con excesiva vehemencia) excitación de ninguna índole.

Lo más extraño no era el parsimonioso y obstinado despojamiento, prenda por prenda. Antonia me hizo notar el orden invertido que seguía para desnudarse aquella mujer, en apariencia una desconocida pese a la relativa vecindad: primero la falda, después los slip; al quedar totalmente despojada por abajo, como un durazno latiendo a la tenue luz del velador, exhibía las nalgas nacaradas y llenas. Y así permanecía, siempre de espaldas a nosotros, durante un dilatadísimo instante. Toña sugirió con voz triunfal:

—Te das cuenta, es lo mismo que hacía Ornella Muti en *Historias de locura común*. No sé —me decía— de mujer alguna del mundo real que se desvista de tal modo. Todas aguardamos a eliminar blusa y hasta corpiño antes de dejar en libertad, y expuestas a las inclemencias del cosmos, nuestras zonas más íntimas y esponjosas. —Y agregó—: debe ser una perversita. O algo peor.

No alcancé a imaginar qué podría ser eso

peor. Pero Antonia, en verdad ciega de envidia, no lo hubiera susurrado en caso de haber podido intuir hasta qué grado el espectáculo iba a incluírla.

Ni éramos capaces de adivinar mucho más que aquello: una gradual, empalagosa mostración de glúteos; y el perfecto valle hacia el cual caían las estribaciones de la espalda.

Después, una larga —¿treinta minutos, cuarenta?— permanencia estática. Como si se tratara de una estatua o un maniquí. Y en ese instante, invariablemente, se apagaba la frágil luz. La mujer desaparecía en la negrura sin dejar huella. Como si no estuviera allí. Pero sabíamos que estaba (¿de qué manera, por cuál vía de percepción?). Por lo demás, confieso que no entendía entonces, no entendíamos, tan repetido como incognoscible ritual.

Repentinamente, un anoecer se me reveló en lo oscuro un hombre cuyo rostro afeitado severo y triste. Miré a Antonia, an-

sioso; le indiqué mi descubrimiento con señas y gritos guturales. Inútil: ella no lograba enfocar todavía al extraño que, sin duda, sería el amante de la desconocida. Apenas si sobresalía de la penumbra el hombro derecho, la barba a lo Hemingway y el rescoldo hirviente de la pipa. ¿Estaba sentado, de pie? Se removía nervioso hasta que, como una fiera, hundió la cabeza en el abdomen femenino; ella echó su melenita hacia atrás; cayeron hechos un solo bulto negro de reflejos titilantes.

Entonces sí, Antonia pareció descubrir a la pareja y sus juegos. Respiraba agitada, jadeando casi. Sus uñas se clavaron en mi brazo. Allí mismo la voltee sin contemplaciones. Me pareció, al derrumbarme sobre su cuerpo, que los de enfrente también nos vigilaban con sonrisa equivocada.

Pero, y ahora lo confieso a duras penas: ni esa noche, ni otras muchas semejantes, arribamos a nada. Con Antonia siempre era exacta y puntualmente lo mismo: un ardoroso amago. Hacía largos meses ya que nuestra relación se ceñía a aquella rutina mecanizada, un verdadero tour de force. Mientras yo creía hallarme en el pináculo del poder pasional, ella se quejaba del supuesto decaimiento hacia la mitad, más o menos, del suceso. Se revolvía furiosa contra mí para concluir llorando y ametrallando reproches difíciles de absorber. La queja será coronada por un análisis retrospectivo. Me has criticado sin descanso por mi excesiva avidez; ahora me argumentas que soy pasiva. Nada será igual ya, nunca.

Así era, pues. Si lo habríamos hablado, por telegrama o cara a cara, delante de violáceas jarras de vino, propicia cerveza o jugos multicolores. Y en noches de plenilunio que yo fabricaba expresamente. Como queriendo revivir aquella vez primera cuando la esperé en la parada del colectivo y ella vino hacia mí con su blusón y pantalón negros de seda, ceñidos gracias al cinto dorado. Y en el taxi dijo tengo frío; y me quité el saco cubriéndola con él; y me miró: soy muy gentil. Y después tomó mi mano y la mordió dulce, provocativamente.

Pero ¿cómo retroceder en los años y en la traición y el desamor? ¿Cómo ser, otra vez, aquellos? Las caras se ven parecidas, apenas avejentadas; sin embargo, éstos son otros.

El estimulante show de la ventana se me antojó, entonces, más que oportuno para reactivar los rescoldos del antiguo fuego. Pero, curioso: algo sucedía mientras se nos volaban las semanas frente al ceremonial grave y reiterado.

(Bueno, admitía variaciones casi imperceptibles aunque, ahora lo comprendo, significativas: la mujer iba enmarcándose en un halo fosforescente que me escondía la visión del hombre. Antonia, en cambio, aseguraba que él era con mucho el más, si no el único, visible. De pronto la admirable intrusa dejó percibir sólo para mí su cabellera roja, y allí la reconocí: es ¿cómo dudarlo?, mi fugaz novia durante tres meses, hacia de ello quince años. Pero en la semana siguiente se habría teñido, porque su pelo renegrido y la cara de perfil fueron los de aquella casi adolescente que me obligaba —de modo compulsivo— a desplegar una atlética performance de juventud. Antonia protestaba no divisar ya ni pizca de la muchacha; sólo perjuraba, ante mi incredulidad, que el varón usaría bata y gorro de cirujano, y en otra ocasión blandiría un látigo acerado con el que azota sin piedad a su hembra.)

Aquel espectáculo no nos sirvió ya, tal la miserable verdad, para reeditar las brasas del ayer.

Nos olvidamos, poco a poco, tanto de comer a dúo como de dialogar las frases de circunstancias. Y ni soñar, qué va, con excepcionales apasionamientos que nos arrojasen sobre la alfombra.

Es más: a esa altura de los hechos no estábamos, prácticamente, el uno al lado del otro. ¿O sí? Me revuelvo esforzándome por recordar este último detalle: ¿Se encontraba Antonia allí o había desaparecido hace mucho tiempo, tragada por aquella visión fantástica, por las implacables espirales de la desunión? ¿Habría muerto o viajado a un país lejano desde donde yo recibía una postal con besos y me gustaría tanto compartir con vos algún momento en esta playa azul, esta Bahía de Cata que fue la de nuestra luna de miel?

Una noche, que jamás olvidaré, logré verla. Antonia, quizás Ornella, se regodeaba en la ventana de enfrente. Echaba hacia atrás la curva irredenta de la espalda como entretegiéndose, ante mis ojos espantados, a una locura común, a una furiosa posesión que no fui capaz de descifrar.

Luego: la luz se desvaneció. Y nunca más el rectángulo febrilmente enrojecido. Sólo aquel terreno baldío en el cual, siempre se nos dijo, habría de erigirse cierto mercadito municipal esperado con ansiedad por todo el vecindario, a causa del insoportable costo de vida.



A black and white photograph of a nude woman lying on her back, viewed from above. She is holding a comb in her right hand. The image is framed by a dark, textured border.

Los cortinados otorgan una luz tranquila. La madre se desnuda. Junto a ella sobre la cama, el producto climax emite un ronroneo eléctrico. Muy despacio se acaricia el vientre. Después con los dedos se aprieta la parte superior del muslo. Es dulce la sensación de una mano sobre el muslo; intimidad, confianza. Ella recuerda todavía la primera vez que, en el cine, el padre de Claudio soltó la mano entrelazada con la suya sobre el apoyabrazos y llevó la caricia al muslo. Ella tenía diecinueve años. A él le gustaban las películas difíciles, películas de compañeros que daban en un cine de paredes descascaradas y ventiladores ruidosos. Ella no entendía las películas pero le gustaba que a él, aun en las que más lo entusiasmaban, no se le olvidara posar la mano sobre su muslo. Por debajo de la pollera corta la mano subía de a poco, él siempre atento al consentimiento de ella. Después él tomaba la mano de ella y la llevaba hacia sí, al sexo tan duro bajo la tela del pantalón, ella aceptaba dejarla allí sólo un momento, y la mano de él volvía a ella, como un abrigo. El padre de Claudio está lejos ahora, más allá del océano, y de vez en cuando escribe para el hijo cartas donde miente que le va bien. La madre, sola en la cama, de nuevo tiene diecinueve años. Ha conocido un hombre en cualquier parte, en la calle. La atrajeron sus ojos de suave dominio. La invitó a su departamento y ella aceptó. Cuando llegan al departamento resulta que hay otra chica, ella se ausenta, cómo acep-

La madre está seca en la cama revuelta, y entonces la chica morena vuelve, la ayuda: qué te pasa, le pregunta con ternura, le acaricia los cabellos, y la besa. Ella siente en la boca de la otra todavía el olor de su propio sexo tan joven, tiene diecinueve años, y la boca de la chica vuelve a bajar por los pechos, el vientre, mientras el hombre tras ella renueva su ritmo eléctrico, y todo se calma y se cierra y sube, sube, el hombre y la chica se van esfumando, ya no son necesarios porque ahora, cerca de la cumbre, de nuevo está él, el padre de Claudio, han salido del cine y están en el ho-

(Continuará)

SOLUCIONES

AYUDAS: ayudas 'aydos

2305 SOLUTION